LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 12 DE AGOSTO DE 1889 — NÚM. 398

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS

ALDEANAS DE BRETAÑA EN LA ROMERIA cuadro de Dagnan-Bouveret

(Salón de París de 1889)

Bretaña es la tierra clásica de las romerías; ella inspiró á Meyerbeer su gran «Pardon de Ploermel,» ella ha inspirado á Dagnan-Bouveret el hermoso cuadro lleno de agreste poesía que ocupó un lugar preferente en el último Salón de París.

El autor ha escogido para su composición el momento en que los romeros se han dispersado buscando cada cual el sitio y el entretenimiento que hagan más llevaderas las horas del medio día y de todos los pintorescos grupos que en tales ocasiones se forman se ha fijado en el que más retrata el carácter de los bretones, el sentimiento religioso con sus puntas de fanático: las aldeanas del cuadro de Dagnan-Bouveret aprovechan el descanso para entregarse á piadosas lecturas y bien demuestran sus graves rostros el interés que en ellas despiertan y la fe con que las escuchan.

El artista ha sabido vencer una dificultad que nosotros estimamos de no poca monta y que nos atrevemos á llamar dificultad de las manchas uniformes: las blancas tocas tan profusamente repartidas en el cuadro y que en las figuras del primer término tienen proporciones más que regulares, fatigarían la vista del espectador si la dulzura de tonos del altillo que constituye el fondo no suavizara la crudeza de su blancura.

La frondosa arboleda y el humilde templo cuyas elegantes siluetas se destacan sobre un cielo límpido cierran el horizonte y rompen la monotonía del paisaje, y sin distraer la atención que preferentemente atrae el grupo principal, delicadamente sentido y con exquisita habi-

SALÓN DE PARIS DE 1889



ALDEANAS DE BRETAÑA EN LA ROMERIA, cuadro de Dagnan-Bouveret (grabado por Baude)

lidad pintado, contribuyen á la sensación de placidez que el cuadro produce.

RECUERDO DE BERNA, dibujo de J. M. Marqués

Con decir véase el *Recuerdo de Interlaken* publicado en el n.º 386 de esta Ilustración queda hecha la crítica del *Recuerdo de Berna*. La decoración ha cambiado pero el sentimiento es el mismo: ambos respiran lo que bien puede llamarse poesía helvética con ninguna otra comparable, ambos están llenos de las delicadas bellezas que Suiza ofrece con tanta prodigalidad á los artistas.

Tenga, pues, por reproducidos y aun aumentados en esta los merecidos elogios que en aquella ocasión le dedicamos.

OFICIALES DE NAPOLEON I OBSEQUIADOS por damas de la aristocracia italiana

(cuadro de L. Alvarez)

A la guerre comme á la guerre, como dicen los franceses; *cual el tiempo tal el tiento* que decimos nosotros: ayer en el campamento al aire libre y privado de lo más indispensable, hoy en magnífico palacio dotado de todo lo superfluo, tal es la existencia del militar en campaña.

Bello contraste ofrecen los dos oficiales reproducidos en el primoroso cuadro de Alvarez: piensa el uno que es preciso aprovechar los buenos momentos y se deja abrasar en el fuego de las miradas de la hermosa marquesa; el otro, zorro viejo por lo visto, se mantiene, en cambio, en una formal reserva. ¿Será que siente todavía el escozor de pasados desengaños? ¿Será que la prudencia le aconseja no dejarse seducir por los halagos prodigados en país sospechoso? ¿Será que teme más á los ojos de las italianas que á las balas de los italianos? Todo puede ser, y aun puede ser también que su gravedad sea hija de falta de habilidad, de poca práctica en las costumbres sociales, pues sabido es que en los ejércitos napoleónicos abundaban los veteranos aguerridos que arrostrando cien veces la muerte se cubrían de gloria en los campos de batalla y temblaban de miedo en los salones.

EN LA FERIA, cuadro de B. Galofre

Que la escena representa una feria lo dice el autor; que el lugar de la acción es Andalucía dícelo á voz en grito todo el cuadro desde el hermoso azul del cielo al tipo gitano de las figuras, desde la blancura de las casas á los brillantes colores de las jerezanas mantas; que el cuadro es un prodigio de verdad, de dibujo, de vida y de color lo decimos nosotros y con nosotros lo dirán sin duda todos nuestros lectores que tantas veces han admirado en las páginas de la Ilustración las magistrales producciones de nuestro paisano.

ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL TRABAJO» de Arnaldo Ferraguti

El famoso artista italiano Ferraguti está pintando actualmente en Anticoli, pintoresco país hecho á propósito para inspirar á la pequeña colonia artística que en él habita, un cuadro de grandes dimensiones que se titulará *El Trabajo* y para el cual tiene hechos primorosos estudios. Uno de ellos (el que reproducimos) representa á una madre que al regresar de sus pesadas faenas besa á su hijo con el afán con que el sediento aproxima sus labios á fresca y cristalina fuente. ¡Hace tantas horas que no le ha visto!

Ferraguti pertenece á la escuela naturalista moderna: dotado de un gran espíritu de observación, traza con pasmosa fidelidad los lineamentos de la figura que copia, lo cual no es óbice para que en todas sus obras imprima el sello de su personalidad consiguiendo de esta suerte resultados admirables que le han conquistado en Italia y fuera de ella glorioso renombre.

A juzgar por los estudios que de él se conocen, *El Trabajo* será lo que los paisanos del pintor llaman un *capo lavoro*.

GUILLERMO ONCKEN

Director de la Historia Universal

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES

que publica en esta ciudad la casa editorial de esta Ilustración

La sentencia de Quintiliano «el corazón engendra la elocuencia» á nadie con más razón puede aplicarse que al historiógrafo cuya biografía nos proponemos hacer: el corazón de Oncken está siempre en sus labios y en su pluma, por esto obtiene éxitos seguros, por esto cautiva cuando habla en la cátedra ó discute en el Parlamento, por esto asombra cuando escribe.

Nació Guillermo Oncken en Heidelberg en 19 de diciembre de 1838; hizo sus estudios en el Gimnasio de aquella ciudad, desde 1847 á 1856, y en Goettingen, desde 1856 á 1860, cursando filología clásica, los idiomas modernos, germanística, filosofía é historia bajo la dirección de maestros tan ilustres como Kayser, Hausser y Holtzmann de Heidelberg y Waitz, Sauppe, Curtius y Lotze de Goettingen. En 25 de abril de 1860 se recibió de doctor en Filosofía y Letras en Heidelberg, dedicó el invierno de 1861 á 1862 á estudiar y á escuchar las lecciones principalmente de Juan Gustavo Droysen, licencióse en 1862 en su ciudad natal en la facultad de Filosofía clásica y de Historia y en febrero de 1863 fué uno de los miembros fundadores de la Asociación histórico-filosófica que le tuvo de secretario hasta 1870 y en la cual dió lectura á muchas y muy interesantes memorias.

Sus primeras obras fueron el discurso que pronunció al recibirse de doctor «*Emendationum in Aristoteles Ethica Nicomachea et Politica specimen*» (Heidelberg 1860), «Isócrates y Atenas. Memoria para la historia de la evolución de la unidad y de la libertad en Grecia» (Heidelberg 1862) y «Atenas y Grecia. Investigaciones para la historia nacional y política de los antiguos griegos» (2 tomos, Leipzig 1865 y 1866).

Desde muy joven tomó Oncken parte activa en la política y con tal motivo intimó con Hausser de quien ha conservado siempre vivísimo recuerdo y gratitud profunda, como lo demostró en el erudito trabajo que escribió para el jubileo universitario de 1886, y en quien vió desde luego el modelo que debía imitar como sabio é investigador, como orador y como político. Como su ilustre maestro adivinó el discípulo que Prusia era «el núcleo al cual había de adherirse el cristal del Estado alemán,» pero los que como él pensaban constituían un grupo exiguo que ni siquiera aumentó cuando por enfermedad de Hausser púsose Blunschli al frente del mismo.

Durante este período de su vida política redactó Oncken, por encargo de Hausser, la «Hoja de la dieta» badense (1864) y pudo admirar en la Cámara los vastos conocimientos, la indomable energía y la noble independencia de aquel, á quien consideraba siempre como maestro.

Nombrado en enero de 1866 catedrático supernumerario de la Universidad de Heidelberg, trabajó activamente desde el mes de julio del propio año y por excitaciones de Holtzmann en el «Diario Nacional de Baden» combatiendo la política del ministerio Edelsheim y coadyuvando á la causa de Prusia: durante los años 1866 y 1867 salieron de su pluma 146 artículos en su mayor parte de polémica. A esta época de su residencia en Heidelberg corresponden su «Ciudad, castillo y universidad de Heidelberg. Cuadros de su pasado» (de la que se habían agotado tres ediciones en 1869) y las dos obras dedicadas á la memoria de Hausser. Publicó también sus notas estenográficas sobre la «Historia de la Revolución francesa, 1789-1799» de Hausser (Berlín, 1867, 2.ª edición 1877), completándolas con los conocimientos propios adquiridos en el estudio de las obras más modernas. Lo propio hizo con la «Historia de la época de la Reforma» de Hausser (Berlín, 1869, 2.ª edición, 1879), conservando siempre fiel y respetuosamente la originalidad de este para él tan querido autor.

En 1870, año en que escribió sus «Doctrinas políticas de Aristóteles» (Leipzig, 2 tomos 1875), trasladóse á Giesen de cuya universidad había sido nombrado catedrático de Historia: en 1873 declinó el nombramiento que le ofrecían en Kœnigsberg para ocupar la plaza que dejaba vacante Nitsch. La universidad de Giesen debió agradecer muy pronto un importante servicio á su nuevo profesor: atacada de una manera odiosa por el diputado Metz en una memoria de la comisión de Hacienda, Oncken rechazó con energía y éxito en la prensa todos los ataques que contra aquélla se habían dirigido, en premio de lo cual los electores de dicha ciudad le enviaron como diputado á la segunda Cámara: en ella, inspirado en los recuerdos de Hausser, defendió, en las sesiones de 8 y 9 de julio, tan brillantemente la causa universitaria que el gobierno propuso y la asamblea votó una satisfacción cumplida para el cuerpo docente de Giesen.

Pero la actividad limitada de la dieta de Hesse, en donde representó á Giesen hasta 1876 sentándose entre los liberales nacionales, no satisfacía al hombre infatigable que quería trabajar por toda la patria cuya unión había saludado con inmenso entusiasmo; así es que en 10 de enero de 1874 se hizo elegir por el tercer distrito electoral de Hesse delegado en el *Reichstag* alemán, al que perteneció hasta enero de 1877 como activo miembro del ala derecha de los liberales nacionales, obteniendo en este período de su vida Parlamentaria grandes triunfos en la discusión de leyes importantísimas como la de imprenta, la relativa á la Alsacia-Lorena y otras.

En 1877 renunció á las tareas del Parlamento para enterrarse entre el polvo de los archivos y sacar de él precioso polvo de oro con que enriquecer el tesoro científico de Alemania. Austria y Prusia pusieron á su entera disposición sus archivos, inclusos los documentos relativos á los sucesos de 1813, y el resultado de estos estudios fué la obra «Austria y Prusia durante la guerra de la independencia. Datos sacados de los documentos originales» (2 tomos, Berlín 1876 y 1879), obra indispensable para todo el que quiera estudiar tan importante período de la historia moderna y que recientemente ha ampliado con nuevos datos publicados en el «Almanaque histórico».

Al llegar á este período de su vida no podemos menos de dedicar párrafo aparte á la obra monumental que ha elevado á su grado máximo la fama del ilustre historiógrafo y que le ha conquistado con el entusiasta aplauso del mundo científico contemporáneo títulos indisputables á la inmortalidad: nos referimos á su Historia universal escrita parcialmente por profesores alemanes, cuya publicación hacía tiempo que su mente acariciaba. La Historia universal del célebre César Cantú, la mejor que entonces se conocía, resultaba confusa en unos puntos, errónea en otros, deficiente en todos: los trascendentales é incesantes descubrimientos habían aportado interesantes y numerosísimos datos que ilustraban la historia de pueblos poco conocidos y rectificaban por completo no pocos hechos y juicios antes tenidos por verdaderos y ahora probadamente falsos. Oncken comprendiendo esto y teniendo, además, en cuenta que al punto á que hoy han llegado las ciencias históricas es imposible, absolutamente imposible, no ya escribir sino ni siquiera conocer del modo debido la historia de la humanidad entera, concibió el plan de publicar bajo su dirección la «Historia universal en descripciones parciales,» asociándose para ello con las primeras eminencias, especialistas contemporáneos, cada uno de los cuales ha escogido dentro del proyecto gigantesco el pueblo ó la época que más profundamente había estudiado y mejor conocía, resultando de todos esos trabajos una obra armónica cuyas distintas partes son verdaderas maravillas de erudición. Mas no se limitaron las tareas de Oncken á dirigir esa obra colosal sino que escribió para ella «La época de Federico el Grande» «La época de la Revolución, del Imperio y de las guerras de la Independencia» y «La época del emperador Guillermo», preciosos modelos de erudición, de galanura de estilo y de imparcialidad de criterio: en ellas aparecen las grandes figuras de la historia retratadas por sus propias palabras y por sus propios actos, lo cual, además de evitar juicios equivocados é influídos por la pasión, comunica especiales atractivos á esos trabajos históricos porque el lector al recorrer sus páginas se siente transportado á las épocas y á los lugares en que los hombres vivieron y los sucesos se realizaron, conoce á los unos en sus intimidades y sigue el curso de los otros en sus más pequeños y hasta ahora ignorados detalles y aprende á juzgar á los personajes y los acontecimientos por lo que de su propia observación deduce, ayudándole en esta interesante labor el espíritu completamente imparcial y profundamente crítico del sabio historiógrafo.

La Historia universal de Oncken, obra que no vacilamos en calificar de indispensable, tiene además de sus excepcionales cualidades científicas las no menos estimables de estar trazada según un método claro y lógico y escrita en elegante y llano lenguaje, gracias á lo cual así es fuente inagotable de conocimientos preciosos para el hombre de estudios como conjunto de amenas narraciones que deleitan é instruyen al lector simplemente curioso.

Esta obra se ha hecho popular en España y en la América latina: la casa editorial de La Ilustración Artística, atenta siempre á difundir en nuestra patria las obras más notables que ven la luz en el extranjero, acometió la atrevida empresa de publicar la Historia universal dirigida en Alemania por Guillermo Oncken, confiando la traducción directa de la misma á escritores reputados y conocedores de las respectivas épocas históricas bajo la dirección del castizo escritor, erudito filólogo é ilustrado historiógrafo, D. Nemesio Fernández Cuesta, adquiriendo de la casa editorial de G. Grote, de Berlín, los grabados valiosos y rarísimos que acompañan á la edición alemana.

Los suscritores á la edición española de la Historia universal de Guillermo Oncken pueden envanecerse de poseer la mejor, casi diremos la única, historia universal completa hasta el presente publicada: en ella tienen cuidadosamente recopilados y hábilmente expuestos los últimos descubrimientos científico-históricos, los datos más preciosos hasta hace poco olvidados en los archivos y los estudios más concienzudos hechos por sabios y eminentes profesores conocedores especiales de los pueblos ó de las épocas cuya descripción han tomado á su cargo. La edición española, que está próxima á terminarse, llevará un Indice alfabético minucioso y razonado ordenado en forma tan clara que el lector podrá encontrar al primer golpe de vista la indicación de la obra de la publicación en que hallará ampliamente tratado el punto que desee conocer ó estudiar.

Pocas palabras para terminar la presente biografía.

Cuando Guillermo Oncken parecía quererse dedicar exclusivamente al cultivo de las ciencias históricas, el programa de Heidelberg y el renacimiento del partido de los liberales nacionales lleváronle nuevamente á la política y le hicieron tomar parte muy activa en las luchas electorales que en Hesse precedieron á las elecciones para el *Reichstag* de 1884 y 1887, en las cuales contribuyó poderosamente al triunfo de los candidatos de su partido. Desde el verano de 1888 está al frente de la Unión de los liberales nacionales de Giesen.

Hombre de convicciones arraigadas y dotado de alma enérgica y de voluntad firme, ocupa Oncken un lugar preferente en la política de Alemania. Como catedrático, como académico, como historiógrafo, como filólogo y como escritor tiene señalado su puesto entre las principales lumbreras científicas y literarias alemanas. En él se juntan el ardiente amor á la patria, el sentimiento profundo de la verdad y de la justicia, el talento de expresar uno y otro en forma irreprochable y con claridad perfecta, la aplicación más asidua y una solidez de conocimientos verdaderamente excepcional y sólo adquirida gracias á su privilegiada inteligencia y á fuerza de constantes y difíciles estudios.

PARA DOS PERDICES... UNO

Cuento

PREFACIO

Es preciso estar loco para negarlo. La historia lo acredita; testigos oculares lo han jurado en todos los idiomas, en todos los países, en todos los casos; miles de legajos se conservan en todos los archivos de todos los países civilizados; todos los autores, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, lo dicen, lo aseguran, lo aseveran. La duda por lo tanto es imposible. Ha habido *Sibilas* y *Pitonisas* en la India y el Egipto: *Augures* y *Vates*, en Grecia y Roma: *Profetas* y *Magos*, en Jerusalén y Babilonia: *Astrólogos, adivinos, brujas, trasgos, hadas* y *duendes* en la Edad media: y *Magnetizadores, mediums oyentes* y *videntes, espiritistas é hipnotizadores* en la época moderna. No sabemos lo que habrá mañana, porque el porvenir es oscuro, y las corrientes actuales no son las más á propósito para inducciones aventuradas; pero si la falta de una *fe* positiva engendra naturalmente multitud de errores supersticiosos, no es fácil figurarse los seres fantásticos que han

de poblar la tierra en las edades futuras, ni esto interesa á nuestro propósito.

Lo que nosotros queremos hacer constar, y dejar completamente probado, es que ha habido siempre hechos sobrenaturales y seres sobrehumanos en la historia del mundo. Si no hubieran existido *Brujas*, por ejemplo, no las hubiera estado quemando á racimos el Santo Tribunal de la Inquisición, en carne y en efigie, por espacio de tres siglos y pico: si no hubiesen hecho de las suyas *Mágicos* y *Astrólogos*, no se hubieran visto siempre llenos los calabozos del tribunal de la fe y de las cárceles episcopales, de aquellos maravillosos réprobos, con familiar ó sin él; y si no hubieran sido verdad las *endemoniadas* y los *duendes*, no se habría impreso un precioso libro, que guardamos como oro en paño, titulado *Práctica de Exorcistas*, y en el cual hay ceremonias especiales y oraciones católicas apostólicas romanas, para librar las casas de los *duendes*, los *ratones* y la *polilla*, *chinches* y *demás insectos*. El libro tiene, como es natural, las licencias necesarias, su censura eclesiástica y la autorización del rey para imprimirle. No crean ustedes tampoco que es muy antiguo; pertenece á la mitad del siglo pasado, y prueba por lo tanto que en aquella época los *duendes* no dejaban parar á nadie. Y como esto es lo que queríamos demostrar, para que pueda ser creída la historia que vamos á referir á nuestros queridos lectores, ya es tiempo de que entremos en materia. Perdónesenos esta digresión, proemio ó prólogo, y guárdense ustedes ni por un momento de poner en duda el siguiente suceso.

I

UN BRUJO Y UN AFICIONADO

Era Salamanca, por los años de 1538, emporio del saber humano. Ni Bolonia después, ni Coimbra más tarde, ni la Sorbona misma, llegaron nunca á alcanzar el prestigio que la Universidad Salmantina. La misma *Cómpluto;* la que tanto enaltece la memoria del ilustre cardenal Cisneros, y tanto se honra hoy con ser patria de Miguel Cervantes Saavedra, el manco sano y el príncipe de los Ingenios Españoles, no era sino un remedo, un pálido trasunto de la inmortal Salamanca. No es pues extraño que en ella vivieran, como en su centro propio, al calor de su *medio ambiente* como hoy se dice, sabios profundos y eminentes filósofos. Abundaban los teólogos, intérpretes de los Santos Padres; los doctores *in utroque jure* se contaban por docenas; los licenciados y bachilleres por cientos; y plazas, calles, zaquizamíes y chiscones se veían invadidos á todas horas por la multitud de *gorrones* que habían de ser más tarde lumbreras de la ciencia y asombro de las edades. Pero todo esto era el mundo sabio oficial, digámoslo así. Aparte de este, vivían en Salamanca algunos sabios particulares, sin cátedra y sin sueldo, cuya reputación traspasaba los muros de la Universidad, y ante cuyo nombre se descubrían con respeto los gorrones y bachilleres, se sonreían con benevolencia los licenciados, torcían el gesto los doctores, y echaban pestes los teólogos. El vulgo, sin embargo, los envolvía en una aureola de misteriosa admiración y se apartaba de su contacto con todo el miedo posible. El más célebre de todos aquellos *Taumaturgos*, que no otro nombre merecían los que cifraban toda su ciencia en descubrir la *piedra filosofal*, y en predecir lo futuro por medio de los astros, era D. Juan de Espina. Decían las gentes que para él no había nada imposible; que lo porvenir era tan claro á sus ojos como lo pasado; que con una sola palabra, podía hundir ciudades y resucitar muertos, y por último que entregado en cuerpo y en espíritu á la *magia*, disponía á su voluntad del *demonio*, *del mundo* y *de la carne;* que entonces como hoy, forman, según parece, la terrible trinidad de enemigos del alma.

Don Juan de Espina, entregado constantemente al estudio, y encerrado en un gabinete rodeado de estantes preñados de in-folios, pasaba su vida lo más misteriosamente posible, sin que á pesar de tal misterio, consiguiera vivir ignorado de la multitud. Su fama volaba de pueblo en pueblo y hasta en la corte corría su nombre de boca en boca. Era soltero y sin familia, primera prueba de sabio: huía de amistades de ambos sexos, para evitar disgustos y compromisos, y cumplía con frecuencia y *coram pópulo* con todas las prescripciones católicas, como prudente y previsor, en aquellos tiempos de judaizantes y relapsos.

Era una tarde del mes de enero. La sombra crepuscular se extendía con rapidez, y D. Juan de Espina se disponía á entregarse al placer solitario de la cena. En aquella época los españoles de todas clases y condiciones se desayunaban poco después del alba; comían á las doce y cenaban al anochecer. Por más que la hora marcada fuese intempestiva para visitas y consultas, un fuerte aldabonazo dado con mano fuerte á la puerta de la calle, vino á interrumpir el silencio del barrio y las esperanzas nutritivas del *mágico*. Abierta la puerta, no sin las debidas precauciones, por un criado anciano, penetró en el zaguán y subió las escaleras con rápido anhelo el Sr. de Corcuera, deán de la Catedral de Salamanca; persona de carácter impetuoso, profundo humanista y no despreciable teólogo.

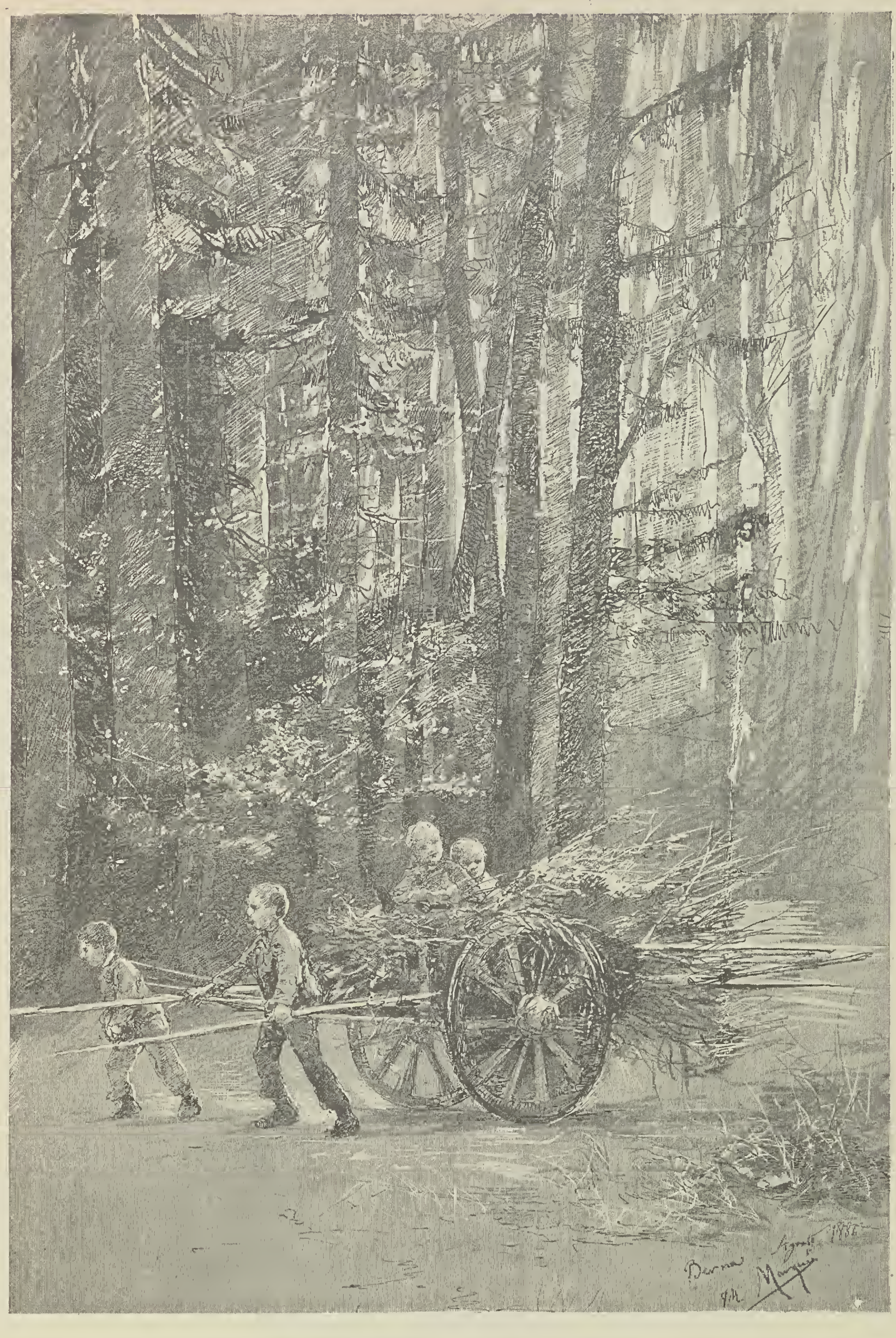
—¿Qué trae á estas horas por mi humilde casa al señor deán?—dijo D. Juan saliendo á recibir al ilustre personaje.

—Deseos y anhelos mal reprimidos,—contestó éste.—Tres años hace que lucho conmigo mismo sin poder vencerme, y ya hoy, á pesar de todas mis luchas, me doy por vencido y vengo á jugar el todo por el todo.

—Sepamos de qué se trata,—dijo Espina sonriendo;—ya sabéis que tengo siempre deseo de serviros, y que sois de las pocas personas á quienes me honro de tratar en Salamanca.

—Porque lo sé, y porque sé al mismo tiempo que sois hombre reservado y prudente, me he decidido á venir á veros. Trátase pues, de lo que menos podéis figuraros. Cuanto en letras humanas y divinas se ha escrito de tres siglos á esta parte, sé de memoria. Los clásicos griegos y latinos me son tan familiares como los autores modernos, y ni unos ni otros apagan esta sed de saber que me devora.

—¿Qué más queréis saber, si ante vos se inclinan los más doctos, y si sois verdadero maestro en humanidades y filosofía?



RECUERDO DE BERNA, dibujo de J. M. Marqués

—Quiero saber lo que no se aprende en las cátedras, lo que vos sabéis; lo que ha llegado á ser única preocupación de mi espíritu. Quiero aprender la *magia*.

—¡Vos! El deán de la Catedral! El doctor en teología don Frey Antón de Corcuera?

—Yo, ni más ni menos. Y para contestar de antemano á vuestros reparos, os diré todo lo que pienso. En primer lugar, vuestras lecciones han de empezar hoy mismo; de ellas hemos de guardar ambos profundo secreto, y en pago de vuestro trabajo y como recompensa de él, y manifestación de mi gratitud, cuanto en lo porvenir tenga y disfrute, he de partirlo con vos hasta el fin de mis días. No os opongáis á mis planes: vos conocéis y practicáis la *magia* como nadie en el mundo: á ambos nos conviene el secreto, y los dos hemos de guardarle. Y en cuanto á lo que os ofrezco, antes faltará sol al día, que yo á mi promesa.

—Tan decidido venís, que mal puedo oponerme á vuestros propósitos. Sentaos, y tomad este libro. Perteneció al célebre D. Enrique de Aragón y en él, según veréis, están los principales apotegmas del ilustre marqués de Villena. Sirvaos su lectura de primera lección. Acepto vuestros ofrecimientos y veremos qué tal pagáis mis servicios.

Arrellanóse el deán en un sillón de cuero de Córdoba de tiempo del Emperador; abrió el infolio encuadernado en pergamino, y sonó una voz en la puerta del gabinete, diciendo:

—Sr. D. Juan, la cena está dispuesta.—Dos perdices estofadas humean en el hogar.

—Apartadlas un poco de las brasas: el señor deán ha de acompañarme á despacharlas, y antes habremos de leer un rato.

Retiróse la Maritornes; se acercó D. Juan de Espina al deán, y miró por encima del hombro de éste la primera página del códice. No habrían transcurrido dos minutos cuando un gran estrépito sonó en la calle. Cuatro caballeros se apearon de sus caballos y llamando á grandes voces y sendos aldabonazos preguntaron por el deán. Quiso salir éste á recibirlos, y ellos entraron antes, noticiándole que venían de la corte: que acababa de ser nombrado obispo de Coria y que tenían orden de llevarle á la presencia del Rey y del Nuncio de Su Santidad. Rojo de placer el doctor Corcuera, se despidió de D. Juan de Espina, pero éste le suplicó le permitiera acompañarle, pues teniendo un sobrino suyo, párroco de una aldea de la misma provincia, esperaba que le diese un beneficio en la catedral que había de presidir el nuevo obispo, en virtud de sus promesas de hacía un cuarto de hora.

—Gran prisa os dais en pedir,—le contestó el doctor;—pero si os place acompañarme á la corte, seáis bien venido.

Y dicho y hecho. Los cuatro caballeros traían otros dos caballos del diestro; y montando en ellos D. Juan de Espina y el doctor Corcuera, salieron de Salamanca, desempedrando las poquísimas calles que estaban llenas de guijarros, y levantando el polvo de las que carecían de ellas.

II

COMO LA ESPUMA

Llegaron á Madrid los viajeros. Fué recibido el señor obispo por el Rey y al penetrar en el palacio de la Nunciatura, se encontró Su Ilustrísima á D. Juan de Espina en el despacho del Nuncio. Este manifestó á Corcuera, que habiendo llegado á noticia de Su Santidad el saber y las virtudes del obispo electo de Coria, y necesitando en la corte de Roma de hombres de sus prendas, le mandaba se pusiera inmediatamente en camino para la capital del orbe católico, donde le esperaba, como primer premio, el capelo cardenalicio. Turbóse el doctor Corcuera, balbuceó dos ó tres frases de agradecimiento y bajó las escaleras del brazo de Espina, que se ofreció á acompañarle á Roma, en la seguridad de que alcanzaría por su influencia una canonjía á un hermano suyo que la solicitaba hacía tiempo.

—¿Canónigo nada menos quiere ser vuestro hermano?



OFICIALES DE NAPOLEON I OBSEQUIADOS POR DAMAS DE LA ARISTOCRACIA ITALIANA, cuadro de L. Alvarez



EN LA FERIA, cuadro de Baldomero Galofre (grabado por Sadurní)

Ambicioso sois, señor don Juan; pero viajemos juntos: lleguemos á Roma y Dios proveerá,—le contestó el obispo.

Llegaron á Roma en efecto y Su Santidad el Papa Clemente recibió al doctor Corcuera con las mayores muestras de deferencia. Al salir de la audiencia, repitió don Juan de Espina sus súplicas al doctor, y éste le dijo que mientras no fuera cardenal no podía hacer nada. Aquella misma noche fué nombrado cardenal el señor obispo y ¡caso raro! al amanecer se corrió la voz de que Su Santidad estaba en peligro de muerte. Murió el Papa aquel mismo día y se reunieron los cardenales en cónclave para elegir al sucesor de San Pedro. Al cónclave perteneció el nuevo cardenal, y D. Juan de Espina reiteró sus súplicas que ya iban cargando á Su Eminencia según el talante con que las oía.

¡Asombro de las edades! El doctor Corcuera, el ilustre salmantino, fué elegido Papa. Entre las salvas de artillería y los gritos de la multitud, tuvo que asomarse al balcón del Vaticano, y oir el célebre *Papam habemus*. Don Juan de Espina apareció á su lado é hincando la rodilla en tierra, le dijo:

—Señor, ahora ya lo puede todo Su Santidad. Tengo un primo hermano magistral de la Primada de Toledo, y deseo que sea obispo. Por las promesas que V. me hizo en mi casa, y que le reclamo, cuento con el obispado.

—Con la hoguera es con lo que puedes contar, infame brujo,—le respondió Su Santidad,—si no te quitas de mi presencia... Fuera de mi palacio ahora mismo, y de Roma mañana, si no quieres que te entregue mañana mismo al Santo Tribunal de la Inquisición; - y acompañando la ejecución á la amenaza, dió un empujón al buen D. Juan de Espina, que rodó aturdido por el suelo.

III

FINIS CORONAT OPUS

Abrióse la puerta del gabinete y la voz exclamó:

—Señor; las perdices están casi frías, y no va el señor deán á poder comer de ellas.

—Ponlas en la mesa, Mónica. El señor deán se irá á comer á su casa, si tiene qué, y yo me comeré las dos en celebridad del desengaño que he recibido. Marchaos á vuestra Catedral; dejadme á mí en mi casa, y aprended la magia donde os convenga, que yo ya os he conocido.

Restregóse los ojos el buen doctor, y todo se le volvía mirar á D. Juan de Espina; tentarse la ropa, abrir la boca sin poder articular palabra, y levantar los brazos al cielo.

D. Juan le volvió la espalda; dirigióse á la cocina precedido de la cocinera ó ama de gobierno, y el doctor Corcuera sin mitra, sin capelo y sin tiara, rodó mejor que bajó las escaleras del mágico, perdiéndose aturdido y confuso por las calles de Salamanca.

De este hecho histórico, dará razón al lector curioso, el *Conde Lucanor*; D. Juan Ruiz de Alarcón en su comedia *La prueba de las promesas*; y D. Juan de Cañizares en su obra *D. Juan de Espina en Milán*.

LUIS M. DE LARRA

REDENCION

POR DON CARLOS QUEVEDO

¡Pobre Antonio! Era mi más querido amigo. Al recordar su muerte acuden las lágrimas á mis ojos. Triste historia la suya, tan triste como la de todos los redentores. Quiso redimir á un ángel, caído desde las alturas de la virtud á los abismos del vicio, y como todos los redentores fué crucificado. Ignoraba que la sociedad sujeta con fuertes lazos á los que á su pesar se revuelcan en el fango, y se ríe del que quiere arrancar al vicio algunas de sus víctimas.

Nació Antonio en la Isla de Cuba. Cuando empezó la insurrección separatista, su familia le mandó á estudiar á España temiendo que fuese á ingresar en las filas de los insurrectos que por su independencia luchaban. Pertenecía á una distinguida familia que á consecuencia de la guerra sufrió considerables pérdidas en su fortuna. Quisieron sus padres dedicarle á la nobilísima carrera de las armas, pero él se negó; no había nacido para matar, sino para curar; su naturaleza, sus inclinaciones, le indujeron al estudio de una santa ciencia; la medicina, cuyo ejercicio, bien entendido y según su frase, es más un sacerdocio que una profesión. ¿Hay algo más sublime - se decía - que arrancar por medio de la ciencia á un semejante de los brazos de la muerte? ¡Cuál no será mi satisfacción, el día en que sea médico y salve la vida de alguno de esos oscuros mártires del trabajo, de algún pobre padre de familia, cuya muerte ocasionaría la desgracia y la miseria de algunos seres inocentes!

Por tales sentimientos inspirado y de talento nada vulgar, fácil era presumir que con el tiempo sería una notabilidad en la difícil ciencia á que se dedicaba.

Empezó con gran entusiasmo sus estudios en el Colegio de San Carlos en Madrid y, al terminar el primer curso, hizo oposición á una plaza de practicante y salió vencedor entre varios de sus más notables condiscípulos, demostrando por la brillantez de sus ejercicios lo que de él podía esperarse y adquiriendo un nombre entre sus compañeros y profesores.

Pronto en el ejercicio de su misión, su carácter dulce le captó las simpatías y el cariño de los enfermos á quienes asistía, pues para todos tenía una palabra de consuelo y á todos cuidaba con tal esmero, que más parecía cariñosa madre que practicante de un hospital.

Conoció Antonio á Angela

> en la mansión de la pena
> donde la orgía almacena
> toda la carne que sobra;

como ha dicho Leopoldo Cano.

No juzgaba Antonio á estas infortunadas mujeres como la mayoría de las gentes, no las despreciaba. Su buen corazón, sus generosos sentimientos le obligaban á perdonarlas y compadecerlas, y decía refiriéndose á ellas: ¡Pobres Magdalenas que no encontráis un Jesucristo que os redima y os perdone vuestro primer delito, que consistió en amar demasiado! ¡Pobres huérfanas abandonadas que no cometéis siquiera ese primer delito, sino que os veis entregadas al insaciable vicio en edad en que no se tiene noción del bien ni del mal!

II

Irás comprendiendo, caro lector, el carácter del héroe de nuestra historia y comprenderás también con qué algazara y burlonas carcajadas escucharían sus compañeros y amigos estas para ellos extrañas palabras que calificaban de ridículamente sentimentales y ñoñas. Llamó un día la atención de Antonio, al hacer su visita diaria, el acento doloroso de Angela y la expresión y dulzura de su lenguaje tan desemejante del de sus compañeras de infortunio. Repitióse esta observación y pronto pudo convencerse de que Angela no era un ser vulgar, sino un alma de oro encerrada en cuerpo de barro. Nunca oyó salir de sus labios las blasfemias, ni las impúdicas quejas, tan comunes y tan oídas en aquel lugar. A medida que fué mejorando Angela, y á medida que fué Antonio ganándose su confianza, descubrió más tesoros de bondad y belleza, escondidos en aquel cuerpo. Cuando la conoció no era posible adivinar en su rostro rasgo alguno de belleza. La enfermedad había cubierto las gracias de los 19 años. Rompió la naturaleza, ayudada por la ciencia, aquel velo y renació la belleza, como aparece el sol brillante, después de la tormenta, rompiendo las plomizas y pesadas nubes.

Las muchas bellezas físicas y morales de Angela engendraron en el corazón del generoso estudiante, grandes simpatías y profunda compasión hacia ella, pues creía adivinar, crueles dolores y horribles sufrimientos en la vida de aquella mujer.

El estado de Angela era ya bastante satisfactorio, y un día, después de haberla curado, se entabló entre ambos esta conversación:

- Está V. ya muy bien, pronto estará buena del todo. Alégrese V., que muy en breve saldrá de aquí.

- ¿Alegrarme? Con gran dolor mío saldré!

- ¿Siente V. acaso abandonar el hospital?

- Sí.

- ¿Y por qué?

Angela guardó silencio.

- Es inexplicable su deseo. V. tendrá sus razones y debo respetar su silencio.

Pasó algún tiempo, mas un día y al pasar Antonio la visita vió junto al lecho de Angela á una mujer de miserable y repugnante aspecto, que al verle le saludó y dijo:

- Ya me ha hablado mi hija del gran interés que se ha tomado V. por ella y de los cuidados que la ha prodigado. Dios se lo tendrá en cuenta, señor; no sabe V. el bien que nos ha hecho. La miseria ya se apoderaba de nosotras. Nos moríamos de hambre sin el *trabajo* de ella.

El rostro de Angela se enrojeció al oir estas palabras y una lágrima brilló en sus ojos.

Antonio se quedó un momento perplejo, mas después al comprender el sentido de las palabras de aquella mujer que se atrevía á llamarse madre, dirigió una mirada de compasión á la desdichada Angela y con el corazón angustiado se alejó precipitadamente de aquel sitio sin mirar siquiera á aquella infame mujer; pues temió mancharse los ojos.

Al siguiente día se acercó Antonio al lecho de Angela y la dijo:

- Conocí ayer por las palabras de su madre, la triste situación de V. Refiérame V. su historia, cuénteme sus penas que deben ser muchas y grandes, desahogue su corazón en el mío. Crea V. que en mí tiene más que un amigo un hermano y no dude V. de que haré lo posible por ayudarla á salir de esa situación.

- ¿Y para qué quiere V. saber mi historia? De nuestros labios jamás sale la verdad. No quiera V. darme la mano. Del abismo en que estoy no es posible salir, y además nuestro contacto mancha y debe evitarse.

- Angela, la amargura de esas palabras y la idea que de V. he formado me aseguran y afirman la sinceridad de cuanto salga de sus labios. No me engañan la simpatía que ha sabido V. inspirarme y el cariño que empiezo á profesarla. Yo quisiera que confiara V. en mí como yo confío en usted.

- Pues bien, referiré á V. mi historia que quizá le divierta. Tal vez cuando la haya oído la califique de fábula, pero no importa, satisfaré su curiosidad: el agradecimiento me obliga á complacerle en cuanto desee. Escuche usted.

III

Mi historia es una historia vulgar, es la historia de muchas. Se ha repetido tanto, que va V. á hastiarse y aburrirse oyéndome.

Confusamente me acuerdo de cuando era niña. Era entonces más feliz que ahora, pero tampoco lo era del todo. La felicidad ha sido para mí fruta prohibida! Mientras mi padre estaba en casa, yo gozaba de gran libertad y mi madre no se atrevía á pegarme. Un día mi defensor, mi querido padre, enfermó. Muy breve fué su enfermedad, durante la cual quiso tenerme siempre á su lado. Murió, y al morir su última mirada fué para mí y al darme su último beso dijo: - ¡Angela! ¡pobre Angelita! quiera el cielo que no seas tan desgraciada como *aquella*.

Nunca he podido saber á quién se refirió, sólo sé que sus deseos no se han realizado, pues he sido y soy tan desgraciada como pudo serlo *aquella* á quien mi padre compadecía. Poco después de ocurrida su muerte nos trasladamos á otra casa más modesta que la que habitábamos, pues nuestra situación era muy precaria.

Mi padre había sido alpargatero y poco antes de morir empezaba con sus pequeños ahorros á comerciar en cáñamo con la esperanza de adquirir una pequeña fortuna. La muerte le sorprendió y no sé si el corto caudal que nos legó se perdió por negligencia de mi madre ó por mala fe de aquellos con quienes mi padre había comerciado.

Entonces fué cuando verdaderamente empecé á sufrir. Pasaba días enteros sin comer más que algunos pedazos de pan que mi madre me daba sazonados con insultos y malos tratamientos.

Un día, tenía entonces diez años, mi madre me llamó y me dijo: Es preciso que desde mañana empieces á trabajar, no es cosa de que yo me vea obligada toda la vida á mantener holgazanas.

Bien, madre, dije, y pensé: mi hermana, - hasta ahora no os he dicho que tengo una hermana, - es mayor que yo, tiene ya 14 años y no trabaja. Sin embargo esto no debía extrañarme, desde muy niña estaba acostumbrada á estas diferencias; á ella jamás la maltrataba mi madre, y satisfacía, dados nuestros medios, todos sus caprichos y deseos.

Al siguiente día me condujo mi madre á una fábrica de abanicos. Me dediqué á iluminadora, y al poco tiempo de aprendizaje, era ya oficiala y ganaba una peseta diaria. Transcurrido un año había adelantado tanto que me aumentaron el jornal, y nuestra situación mejoró merced á los siete reales que producía mi trabajo.

Parecía natural que mi madre me hubiese tratado de distinta manera, sin embargo no sucedió así. El producto de mi trabajo era casi totalmente consumido por mi hermana y mi madre, que me mantenían casi de limosna y me vestían con las ropas que ellas desechaban. A pesar de todo esto me consideraba feliz, no estaba en casa más que por la noche y en el taller no sufría. Mis compañeras me querían mucho y supe inspirar tal cariño á la mujer de mi principal, que casi todos los días me obligaba á comer con ella.

Conoció sin duda los malos tratamientos que recibía en mi casa y el disgusto que me producía tener que ir á ella.

Así pasaron tres años más, sin ningún incidente notable, hasta que por aquella época noté que cuando por la noche salía del taller me seguía un joven elegantemente vestido. Yo apresuraba el paso, pues por su aspecto conocí que era un señorito y siguiendo los consejos de mi maestra huía de ellos, pues decía que por la desigualdad de clase, ellos al acercarse á nosotras no llevaban más fin que el de engañarnos, ó burlarse de nosotras. Una noche á pesar de que yo siempre había sido esquiva con él se me acercó y me dirigió la palabra. No sé siquiera lo que me dijo, no lo ví y apresuradamente me metí en mi casa, de la que estaba ya muy cerca. Para evitar que se repitiera esta escena, referí á mi madre lo que había pasado y la supliqué que viniese á buscarme á la salida del taller. Mi madre se negó y me dijo: «La mujer que desea guardarse se guarda sola. Tú habrás dado motivo para que ese joven se haya acercado á tí. Pronto descubres tus mañas.» Callé y decidí defenderme sola. Otra noche volvió el joven á hablarme, le supliqué que no me molestase y él sin hacerme caso me siguió hasta la misma puerta de mi casa. Mi madre le vió; yo temí su furor, mas contra lo que esperaba, nada me dijo, antes al contrario observé que desde aquel día me trataba hasta con cariño.

El joven cuyo nombre era Luis continuó persiguiéndome. Un día tuve que oirle y sus palabras no me desagradaron. «Angela, me dijo, ¿por qué huyes de mí? No tengas miedo, yo no trato de engañarte, no; te quiero con toda mi alma y en prueba de ello sabe que he hablado á tu madre y ella me ha concedido permiso para tener amores contigo, y para que te convenzas de que digo verdad, pregúntaselo esta misma noche.» Yo no me atreví á hacer lo que me dijo, mas aquella noche cuando iba á acostarme, mi madre me llamó. - Sal, - me dijo; salí y Luis estaba junto á la puerta de mi casa. Ya no me cupo duda de que mi madre aprobaba aquellos amores.

Esta escena se repitió muchas noches, fuí yo adquiriendo cariño y confianza en Luis que me aseguraba que me quería mucho y que se casaría conmigo.

Una noche en que desde el taller me acompañaba á mi casa me dijo:

- Angela, ¿quieres que entremos en este café? Tengo sed. - No, le contesté, me da vergüenza.

Insistió él y cedí.

Algo extraño sentí; sin duda la Providencia me anunciaba que por empezar á ceder caería del pedestal de mi virtud. Así fué. Luis me obligó á beber un licor que abrasó mi garganta y perturbó mis sentidos. No sé lo que por mí pasó. Al volver en mí me encontré en una casa desconocida para mí y lujosamente amueblada. Luis estaba á mi lado.

(Continuará)


LA RUBIA CIPRIANA

CIPRIANA

– Vives en Meudon, y esto me recuerda cierta historia, me gritó Carlos, un compañero de colegio, á quien hube de encontrar manos á boca en la calle de Rennes, á la salida de la estación.

Y sin que le manifestara yo el menor deseo de conocer la historia que me anunciaba, repuso con volubilidad:

– ¡Meudon!... una casa blanca con ventanas verdes y clemátides que trepan por todas partes; un jardincito delante poblado de rosales y detrás el valle... París en lontananza, un grande espacio de cielo cambiante como el humor de los enamorados, y donde puede uno mecer sus sueños é ilusiones en las ondulaciones de las blancas y fugaces nubes. – ¿No es así cómo habláis vosotros los poetas? – me dijo, dándome al mismo tiempo un coscorrón que por poco no me echa á rodar el sombrero nuevo. Los sueños constituyen el estado mental de los poetas ¿ no es eso?

– Sí, á veces tengo pesadillas, – le contesté.

– ¡Ay amigo mío! – continuó diciendo Carlos, que ni siquiera me escuchaba, – lo que yo he soñado en mi vida es incalculable; pero, sobre todo con Cipriana; ¡Cipriana! ¡qué mujer!

Y me soltó otra manotada que dió en tierra con mi paraguas.

– Te dejo, – díjole con enfado.

Pero Carlos tenía ya agarrado uno de los botones de mi chaquet y tiraba de firme soplándome en la cara todo su entusiasmo retrospectivo.

– ¡Cipriana! – decía al mismo tiempo... – Figúrate una rubia de un rubio... rojizo... rojizo, no; dorado, con reflejos verdosos... En fin, un rubio ideal. Desde luego, el rubio es siempre ideal. ¿No lo crees tú así? Y sino, mira bien á las rubias y lo verás. Yendo al almacén durante años y años, he tenido ocasión de seguir y observar á las mujeres, y mis estudios sobre este punto son completos. Míralas bien. Ideal, te digo.

Y sin tomar aliento ni soltarme el botón continuó diciendo:

– ¡Cipriana! Es un nombre distinguido, ¿no es verdad? Cipriana me confesó el amor que yo había sabido inspirarle, después de haberla seguido y perseguido un mes entero, una hermosa tarde, en la esquina de la calle de La Fayette y del bulevar exterior, enfrente del despacho de los tranvías. Era también la primavera. ¡Ah! ¡la primavera! amigo mío, una estación ideal. Es como el color rubio la primavera: ideal; está bien dicho... ideal. Ya lo ves; yo he estudiado también la naturaleza durante años enteros, los domingos por supuesto y fiestas de guardar, y sé á qué atenerme sobre este punto. La primavera es la verdadera estación; te lo aseguro... mira bien.

Y continuó todavía:

– ¡La rubia!... ¡la primavera!... Yo era feliz, completamente feliz. Además, acababa de recibir una gratificación de manos de mi principal y no vacilé, ¿qué había de vacilar? Alquilé una casita en Meudon y fuí á encerrarme allí con Cipriana y su madre. ¡Cuán dichosa existencia!

– ¿Rubia también?

– No seas informal. Una existencia verdaderamente deliciosa. Treinta días después, me casé.

– Con Cipriana, por supuesto.

– No seas informal, – repitió dándome otro manotón.

– Harto se comprende: el sentimiento es cosa muy bella, hasta ideal. Sí, mantengo la palabra; pero no puede durar siempre; bien lo comprendes.

– Y ¿cómo fué eso?

– Yo te diré, yo te diré, y verás cómo aquello no podía durar siempre. Pues viniendo á París diariamente para mi servicio en el almacén, hube de encontrar muchas veces á una señora mayor con su hija, y á propósito de todo y de nada trabábamos siempre conversación. La madre era viuda de un negociante y vivía de sus rentas en Clamart y la hija estaba en estado de merecer.

– Adelante.

– Tomé informes, por tomarlos, sin pensar positivamente en pasar á mayores. Pero mi indagación me dió los más satisfactorios resultados. Madama Bouvreuil, que así se llama mi suegra, daba á su hija Elodia cincuenta mil francos de dote, y existía ó más bien se moría en la Charenta un tío tan viejo como rico, cuya única heredera era mi futura esposa.

– ¡Bravo!

– Hice algunas visitas á Clamart, los jueves, antes de ir á cenar á Meudon, hasta que un día me resolví á asegurar un porvenir tan brillante, bombardeando á la madre con una declaración en toda regla. No me negó la mano de su hija; pero me rogó que esperara. Comprendí que deseaba á su vez tomar informes del pretendiente, deseo muy legítimo, y partí confiado.

– Adelante pues.

– Tres semanas después se celebró la boda. Yo había abandonado á Meudon, hacía quince días, por conveniencia, por bien parecer, pero no sin dejar un recuerdo á Cipriana que lloraba al comprender que todas sus ilusiones quedaban desvanecidas. Mientras la pobre niña se enjugaba los escaldados ojos, deslicé yo disimuladamente un billete de cien francos en un anaquel del bufete, para que lo encontrara cuando sacudiera el polvo, según su costumbre diaria. El alquiler de la casita estaba pagado, y con esto podía la pobre vivir algún tiempo con su madre. Habiéndose retirado mi suegra definitivamente de Clamart para instalarse con nosotros en París, no tenía yo nada que temer de una vecindad que hubiera podido traer, en los bosques inmediatos, encuentros enojosos, y todo se arreglaba así á pedir de boca.

– En efecto, así se arreglaba todo, menos lo que no tenía arreglo.

– Hemos convenido en hablar con toda formalidad. Escúchame pues, que ya acabo en cuatro palabras. Un año se deslizó, como decís los poetas; pasó un año. Mi esposa me había dado ya fruto de bendición en un robusto niño, que tenía ya tres meses. Llegó la primavera y se decidió que mi suegra, mi mujer y mi hijo fueran á establecerse al campo, adonde iría yo también todas las noches, después de despachar mis negocios. Mi suegra recorrió las cercanías, en busca de alojamiento cómodo y alegre Todos queríamos el llamado *Bois-des-Colombes*, sitio distinguido; te lo aseguro. Pero, amigo mío, no se encontró nada en el dichoso Bosque de Palomas, ni en Asnieres. Mi suegra no se desalentó por eso y dirigió sus paseos é investigaciones hacia la orilla izquierda.

– Bien, y encontró...

– Poco á poco; no me interrumpas ahora que voy á cerrar esta historia verdadera como una novela fantástica. Mi suegra volvió triunfante de su expedición. Había encontrado á su regalado gusto lo que buscaba: una casita blanca con ventanas verdes y clemátides trepando por todas partes, con su jardincito anterior poblado de rosales. Y para que no me quedara duda, dijo la calle, el número, todo. Mi suegra estaba gozosa; yo, como puedes figurarte, mortificado: tengo principios. Era la misma casa que había habitado Cipriana en compañía de su madre, recuerdo de mis pasadas ilusiones.

– ¡Rara coincidencia!

– Rarísima.

– Pero en fin, nada arriesgabas ya.

– No me interrumpas; ya verás. Yo estaba mortificado, inquieto; tan inquieto y mortificado, como gozosa mi suegra, y le hice algunas objeciones, como la cercanía de los bosques.

– ¡Oh! – me contestó; – no hay nada más sano que los bosques.

– Meudon es húmedo, señora mía.

– ¿Qué sabes tú de eso?

– Luego, no es Meudon de lo más distinguido.

– ¡Que no es distinguido Meudon!

– Después de todo es muy ruidoso. Los domingos, sobre todo, es invadido el bosque por parejas y grupos de estudiantes y grisetas, lo cual no es muy aceptable, por su misma falta de recato y sobra de desenvoltura.

– Sin duda has dejado tú allí recuerdos, – dijo ahora mi esposa, entre agria y lacrimosa.

Yo protesté en descargo de mi conciencia y me sometí sin más objeciones. Muy luego hasta me asombré de haberme resistido. Una casa es una casa, y los principios son buenos; pero no se debe abusar de ellos.

– Adelante.

– El día siguiente firmé el compromiso del alquiler, y la propietaria, vieja puesta siempre de marmota, me reconoció. Yo le hablé al instante de mi esposa.

– Caballero, – me dijo sonriendo, – podéis estar tranquilo por esa parte: seré reservada.

Y cuando me despedía añadió:

– A propósito, el año pasado olvidasteis aquí algo.

Y sacando de un baul viejo una media de lana, introdujo en ella la mano y me presentó un billete de cien francos.

– Lo encontré, – me dijo, – en un rincón del segundo anaquel del bufete.

– ¡Pobre joven! ¡honrada mujer! – dije entre dientes.

Dicho se está que no quise recoger aquel billete. Cuando se da, no se recobra, como decíamos en el colegio. En cuanto á mi esposa, le hice un magnífico agasajo.

Con esto, se alejó de mí y le oí exclamar:

– Pero Cipriana, ¡qué desordenada y... Esa muchacha acabará en el hospital.

CLAUDIO COUTURIER

BOSQUEJOS MADRILEÑOS

LA FUENTECILLA

Tiene este nombre, porque era el que le correspondía, como pobre manantial de vecindad, hasta que con motivo de la restauración de Fernando VII, después del eclipse de la invasión francesa, y del eclipse constitucional; el Ayuntamiento de Madrid trató de embellecer la vía por donde entrase el Monarca en la Corte. Erigióse al efecto *La Puerta de Toledo*, y la *Fuentecilla* se trasformó en fuente con conatos de monumental, elevando su talla y adornándose con endriagos y serpientes.

Pero el pueblo sólo la conoce por su primitivo nombre.

La Fuentecilla es el corazón de los barrios bajos de Madrid, como punto de intersección de la exuberante vida que se desarrolla en los sitios inmediatos. Situada al fin de la calle de Toledo, es síntesis y núcleo de esta calle indescriptible, el punto más luminoso de un panorama desvanecedor.

Viniendo por dicha calle parece que no hay *más allá* en cuanto á contrastes, y bullicio y bizarrías, pero al llegar á la Fuentecilla, el ánimo se suspende describiendo nuevos horizontes.

Hombres, mujeres, niños y animales, todos agitándose y ocupándose en cosas diversas. Mendigos haciendo sus comidas al aire libre, buscadores *timando* á lugareños, gitanos tratando con chalanes, y celebrando sus contratos con rondas de copas á las puertas de las tabernas, mujeres de rompe y rasga, casi en paños menores, esperando


LA CASITA DE MEUDÓN

en la Fuente y entreteniéndose en pláticas y dicharachos. Taberneros, momentáneamente desocupados, en las puertas de sus establecimientos cruzados de brazos con una tranquilidad olímpica, ómnibus entrando y saliendo de las numerosas cocheras y corrales que allí abundan, chi-

cuelos harapos, crisálidas de criminales bullendo por todas partes, ciegos cantando oraciones y romances acompañados á veces por los bramidos de las futuras víctimas del contiguo matadero, y parejas de orden público contemplando aquel desorden de la actividad, del hambre y de la astucia.

Las cabezas se iluminan con el sol del Mediodía, los ojos se encandilan con los efluvios de las tabernas próximas; aquello es un horno y un mercadillo á la vez.

Allí hay algo de Salvator Rosa y mucho de Goya.

Hasta hace poco la Fuentecilla tenía dos atractivos más. Los jueves era mercado de caballerías y los sábados de cueros. Esto se ha suprimido á fuerza de exuberancia; pues efectivamente, aquel sitio en tales días, no era mercado sino Torre de Babel. Afortunadamente las diez y ocho ó veinte tabernas, abiertas con tal motivo, subsisten, y juntas á las que hay en la próxima *Calle de Las Tabernillas*, ofrecen desahogo suficiente á los aficionados al mosto líquido. El vino corre por aquellos lugares, como se dice que corría el Pactolo en la edad mitológica.

La Fuentecilla ha perdido también recientemente una especialidad *sui generis*, cual era la famosa *tienda de las cananas*, almacén maravilloso de cueros labrados. Hallábase allí el más completo surtido de cananas que puede desearse, realzado por los mayores esfuerzos de imaginación. Cada canana tenía un mote, letrero, inscripción ó llámese como se quiera, y había algunos de estos lemas bordados en hilos de colores, más indescifrables que los jeroglíficos de la Alhambra; como, por ejemplo:

¡Unon vremey eba!

ó este otro:

Meyeno debal as

Los cuales quieren decir, con perdón de la ortografía, el primero, *un hombre me lleva*, y el segundo: *me lleno de balas.*

La calle de Toledo ha tenido siempre fama de enérgica y de valerosa. Es como el arrabal de San Antonio en París, el foco de la libertad, y cuando se levanta en son de pelea, la Fuentecilla es el cuartel general; pues, en efecto, no hay sitio más á propósito como base de operaciones. Próxima al campo y rodeada de callejuelas tortuosas y en cuesta que facilitan el ataque ó la retirada, la Fuentecilla es baluarte de toda insurrección. En este concepto es superior á la Plaza de Antón Martín, pero como ya he dicho en otra ocasión, no sé porqué *moda* revolucionaria, los sublevados han preferido ésta en los últimos alzamientos.



ESTUDIO PARA EL CUADRO *El Trabajo* de Arnaldo Ferraguti, *grabado por E. Mancastroppa*

La Fuentecilla es también famosa en los anales de la curia, porque tiene la mano pronta, pero hiere con nobleza. En la esgrima del cuchillo ó sea de navaja, hay varias diferencias; el chirlo en la cara es fanfarrón, la puñalada en la ingle es traicionera; de modo, que cuando un juez examina á un muerto violentamente, y le halla herido en el pecho, dice para sus adentros, refiriéndose al golpe de mano:

«Esto es un *presente alto.*»

Y en consecuencia, hace buscar al agresor por la Fuentecilla ó sus inmediaciones.

Las barricadas levantadas en la Fuentecilla en días de pronunciamiento han sido siempre notables. Las demás de Madrid eran desiguales y bullangueras, en éstas oíanse voces y tiros desperdiciados, en las de aquélla siempre dominaba el silencio y la solidez. Eran reductos impasibles y como enmascarados de donde, cuando era necesario y conveniente, salía la muerte. La Fuentecilla tiene la gloria revolucionaria de haberse adelantado á su siglo, presintiendo la barricada moderna. En el antiguo motín llamado de Oropesa, se construyó en este sitio una especie de castillo de donde partieron los amotinados para pedir *pan para el pueblo.*

La barricada que se levantó en la Fuentecilla el año de 1854, en las jornadas llamadas *de las barricadas*, era monumental, y apaciguado ya el tumulto, fué á verla todo Madrid.

Era la obra improvisada de la fermentación, la cooperación del empedrado, del morrillo, de la viga, de la barra de hierro, del trapo viejo, de la silla desfondada, del harapo, de la maldición: una mezcla de lo grande y de lo pequeño, el abismo parodiado por el barullo, la masa junto al átomo; Sísifo había arrojado allí su peñasco y Job su teja.

Un gran carromato estaba allí expuesto, de un lado á otro, con el eje hacia arriba, y parecía una cuchillada en el frontispicio del parapeto. Un ómnibus subido á fuerza de brazos á la cima de aquel hacinamiento de cosas, como si los arquitectos de tal construcción hubiesen querido burlarse, ofrecía su lanza á invisibles caballos del aire.

Si el mar construyese diques serían por este estilo. La barricada era el océano, y la ola la muchedumbre que la llenaba. Era la protesta tomando cuerpo en la madera, en el hierro, en el bronce, en la piedra.

Pero si entonces la Fuentecilla se adelantó á su época, rezagóse en la última contienda civil, puesto que el casarón conocido con el nombre de *Castillo de Carlos V*, desde donde algunos realistas locos quisieron imponer el absolutismo, está cerca de aquel lugar.

Tan célebre sitio no puede menos de tener su poesía especial.

Hace siglos que el Conde de Villamediana, rival en amores y según se dice víctima del rey Felipe IV, escribió, entre otras, la siguiente quintilla:

Tienes, Filena, tal red
En tu presencia sencilla,
Que al llenar tu cantarilla,
En enamorada sed
Se abrasa la *Fuentecilla*.

Y muy posteriormente, D. Diego Rabadán, el poeta loco que se creía condecorado por el Emperador de Rusia, publicó un soneto que corre parejas con otro suyo famoso *A los Reyes Magos*, y cuyo primer cuarteto decía así:

Te vide atravesar la *Fuentecilla*,
Y llevar una vela á la Paloma;
Y desde entonces á mi pecho asoma
El cupidillo dios su cabecilla.

La Paloma mencionada es la Virgen de la Paloma, cuyo santuario se halla en el barrio, dando lugar á que en muchas ocasiones le visiten príncipes y magnates.

Hay también otra copla popular que dice:

Caño de la Fuentecilla
Que manas para el torero
Peleón y Manzanilla.

Esto no es verdad, y la Fuentecilla no necesita de tales incentivos para ser uno de los sitios más animados, desvanecedores y pintorescos de Madrid.

JUAN BERMÚDEZ ESCAMILLA

RECREACIONES CIENTÍFICAS

NUEVOS JUEGOS DE EQUILIBRIOS. – La figura 1 representa un juego de equilibrio que su constructor, Mr. Watilliaux, denomina *El enervante:* consiste en un pequeño plato de hoja de lata convexo y de superficie cónica con una cavidad central por el cual rueda una bola. El juego consiste en hacer que ésta llegue al agujero del centro por el simple movimiento del plato.

Hay varios modos de conseguir este resultado, pero para todos se requiere cierta habilidad: el verdadero, el que emplean los grandes equilibristas, consiste en hacer subir suavemente la bola por el plano inclinado inclinando poco á poco é insensiblemente el plato de manera que la bola se mantenga sobre el plano hasta llegar al agujero central.

Pero se consigue más fácilmente este objeto colocando la bola en el borde ó surco del plato y haciendo como si se quisiera llevar el agujero hasta debajo de la bola, en vez de llevar la bola hasta dentro del agujero, imprimiendo á este efecto al plato un movimiento alargado en dirección á la bola es decir hacia adelante ó hacia atrás, á la derecha ó á la izquierda según el punto en que aquélla haya sido colocada: este movimiento al que se ha de dar, por supuesto, la fuerza precisa para obtener la aproximación del agujero á la bola sin pecar por carta de más ni por carta de menos, es muy parecido al que se ejecuta cuando se recoge alguna cosa del suelo con una pala. Una vez adquirida cierta práctica en el movimiento podrá ejecutarse con éxito el juego aun á ojos cerrados, con tal de hacerse perfectamente cargo de la dirección de la bola, siendo de advertir que aquél resulta mucho más fácil hecho con una que con las dos manos.

La fig. 2 representa un juego americano llamado *Pigs in clover* (cerdos en la pradera): consiste en una caja de cartón con varios circulares que forman caminos concéntricos por los cuales circulan cuatro bolas que representan otros tantos cerdos. Los caminos concéntricos comunican entre sí por aberturas practicadas en las extremidades de un diámetro y en el centro hay una pequeña caja (el establo) con otra abertura á modo de puerta. El problema estriba en hacer entrar las cuatro bolas en esta cajita central por medio de los movimientos impresos al aparato: su solución es menos difícil que la del *Enervante*, pero no deja de requerir una mano ligera y experta.

(De *La Nature*)



Fig. 1. – Juego de equilibrio *El enervante.*

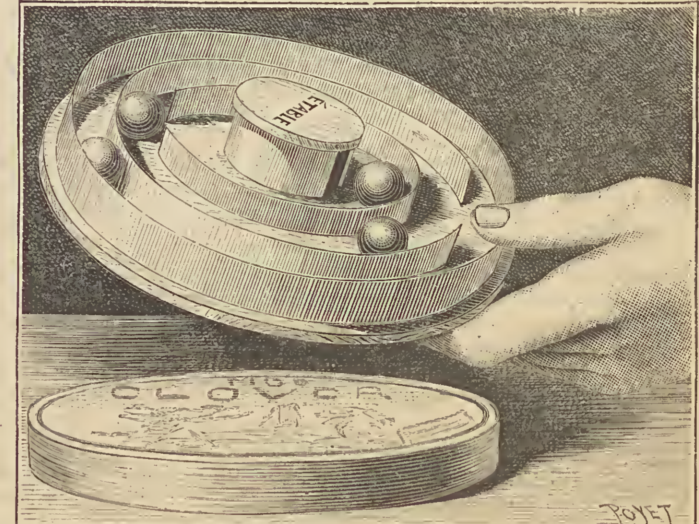


Fig. 2. – Juego de equilibrio americano *Pigs in clover* (cerdos en la pradera).

BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN